

YACHAY ADHIERE A UNA LICENCIA CREATIVE COMMONS

ATTRIBUTION-NONCOMMERCIAL 4.0  
INTERNATIONAL – (CC BY-NC 4.0)

## Diálogos sobre amistad

Hans van den Berg<sup>1</sup>



### Introducción

Si alguien me preguntaría qué es lo que más he buscado y encontrado durante la larga presencia en la Universidad Católica Boliviana “San Pablo”, no dudaría en contestar: Amistad en la comunidad universitaria. Por eso, cuando me dieron la noticia que se había decidido otorgarme el título de Doctor *honoris causa* y supe que tenía que preparar una lección magistral, pensé espontáneamente tomar como tema la amistad. Y para esto me pareció deber abordar este tema a base de los diálogos de tres autores que desde hace mucho tiempo me han impresionado e inspirado, a saber, Marco Tulio Cicerón (106 - 43 a. C.), Aurelio Agustín (354-430) y Elredo de Rieval (1110-1167).

<sup>1</sup> Es religioso y sacerdote católico, nació en Haarlem (Reino de los Países Bajos) en 1937, e ingreso a la Orden de San Agustín 1957. Cursó estudios en Lovaina, Nimega, Utrecht y Münster en Teología, Historia de las Religiones, Lenguas Orientales, Fenomenología de la Religión respectivamente. Llegó como misionero a Bolivia en 1969. Fue Director del Centro de Formación Católica Emaús en Chulumani sud Yungas, Director del departamento de Teología en ISET Cochabamba, Rector Nacional de la Universidad Católica Boliviana, investigador y docente. Tiene además de diversos libros, varios artículos en publicaciones tanto en Bolivia como en el exterior. Algunas de sus obras son: *Diccionario Religioso Aymara*, 1985; *La tierra no da así no más: los ritos agrícolas en la religión de los aymara-cristianos* (tesis doctoral), 1989; *Bernardino Pesciotti, OFM (1870-1920): misionero y periodista*, 2001; *Agustín de Hipona, siervo de Dios, sacerdote, obispo*, 2003; *En busca de una senda segura, la comunicación terrestre y fluvial entre Cochabamba y Mojos (1765-1825)*, 2008; *Clero Cruceño Misionero entre Yuracarees y Guarayos*, (2009); *Con los yuracarees (Bolivia): crónicas misionales (1765-1825)*, 2010; *Historia del Célebre Santuario de Nuestra Señora de Copacabana y sus Milagros, e invención de la Cruz de Carabuco* (Ed. Hans van den Berg y Andrés Eichmann), 2015; *Alipio de Tagaste, historia y ficción*, 2018; entre muchas otras.

Desde su juventud Marco Tulio Cicerón forjaba y cultivaba amistad con Tito Pomponio Ático (109-32 a. C.). Aunque sus carreras profesionales tomaron rumbos muy distintos, haciéndose Cicerón abogado, político, filósofo y escritor, y desarrollándose Ático como historiador y editor, su amistad fue inquebrantable y profundo. A lo largo de su vida materna mantenían un constante diálogo, principalmente por correspondencia<sup>2</sup>. Hacia finales de su vida Cicerón escribió a solicitud de Ático un pequeño libro sobre la amistad, en el cual proyecta su experiencia y pensamiento acerca de su relación amistosa con Ático en dos amigos famosos de los siglos tercero y segundo a. C., los políticos y generales romanos Cayo Lelio (235 a. C. – 160 a.C.) y Escipión el Africano (236 a. C. – 183 a. C.). Después de la muerte de Escipión, los dos yernos de Lelio, Fanio y Escévola, visitaron a su suegro para darle sus pésames y consolarlo en su tristeza por la pérdida de su amigo. La conversación entre ellos se convirtió en un amplio diálogo sobre la amistad, en el que Lelio juega el papel más importante.

Desde su juventud y a lo largo de la vida de Aurelio Agustín, la amistad fue una necesidad y una realidad existencial. Entre los muchos amigos que tuve se destaca sin duda Alipio de Tagaste, “el hermano de mi corazón”. El desarrollo de la relación amistosa entre Agustín y Alipio se puede seguir en las *Confesiones*, consideradas como un diálogo entre Agustín y Dios, y en los diálogos de Casiciaco, una finca en las afueras de Milán, a donde se retiraron después de la experiencia de conversión que tuvieron en la huerta de su casa en Milán.

Elredo nació en 1110 en Hexham, condado de Yorkshire en el noreste de Inglaterra. A sus 14 años entró como paje en la corte del rey David de Escocia (1084- 1153). En un viaje que hizo en 1134 por

<sup>2</sup> Se han conservado 296 cartas de Cicerón a Ático, pero curiosamente ninguna de Ático a Cicerón.

encargo de ese rey, visitó el monasterio de monjes cistercienses en el valle del río Rie. Le impresionó la vida de esos religiosos y decidió hacerse monje en aquel claustro. Fue abad de Rieval de 1147 hasta su muerte en 1167. Como monje y abad cultivaba constantemente lo que llamaba la amistad espiritual, y escribió un libro sobre este tema a base de diálogos que mantuvo con algunos monjes jóvenes. El primer diálogo tuvo Elredo en 1143 con un cisterciense llamado Ivo en Wardon, un filial de Rieval en el condado de Bedfordshire, sudeste de Inglaterra. Un segundo diálogo, realizado en dos días consecutivos entre Elredo y los monjes Walter y Graciano, tuvo lugar en Rieval en 1160.

## 1. Marco Tulio Cicerón

El diálogo de Lelio y sus yernos Fanio y Escévola empieza con un extenso testimonio que da el primero sobre la vida y los méritos de su amigo Escipión, y sobre la relación de amistad que él y Escipión habían cultivado a lo largo de su vida<sup>3</sup>. Después Fanio le pide a Lelio que “nos des tus criterios acerca de la amistad, diciéndonos qué piensas de ella, cómo la entiendes y qué consejos nos das al respecto”. En una primera instancia Lelio se disculpa, diciendo que para recibir información cabal acerca de este tema “deben dirigirse a quienes son profesionales en este tipo de conferencias”<sup>4</sup>. Y añade: “Lo más que yo puedo hacer es aconsejarles que prefieran la amistad a todo lo demás que ofrece la vida, puesto que, fuera de ella nada hay tan conforme a la naturaleza, ni tan conveniente tanto en las situaciones favorables como en las adversidades”<sup>5</sup>. Ya que sus yernos insisten en que él les hable de la amistad, lo acepta y da una primera breve exposición, que inicia diciendo: “En este tema, lo primero que pienso es que

<sup>3</sup> Cf. Marco Tulio Cicerón, *La amistad III, 10 – IV, 15*, (La Paz: Librería Editorial “G.U.M”, 2008), 81-95.

<sup>4</sup> Cicerón, *La amistad, IV, 16*, 97.

<sup>5</sup> Cicerón, *La amistad, IV, 17*, 99.

la amistad solo puede existir entre personas buenas”<sup>6</sup>. Con cierto pesimismo observa Lelio que una amistad sólida y duradera sólo se encuentra en pocas personas: “Cuán grande sea la fuerza de la amistad se puede deducir del hecho de que en la infinita sociedad del género humano, formada por la naturaleza misma, la amistad se va reduciendo y restringiendo de tal manera que el amor une solo a dos o a muy pocas personas”<sup>7</sup>. Luego presenta Lelio una definición de amistad, la misma que se ha hecho clásica, como veremos más adelante: “La amistad en sí no es otra cosa que un total acuerdo, unido a una amor y afecto recíprocos, respecto de todo lo divino y lo humano”<sup>8</sup>. Y añade a esto: “No sé si, exceptuada la sabiduría, los dioses inmortales hayan dado a los hombres algo mejor que la amistad”<sup>9</sup>. Señala también varias ventajas de la amistad, las mismas que en la historia fueron citadas por muchos autores.

¿Cómo puede haber una “vida vivible”, si no se cuenta con el cariño mutuo de la amistad?

¿Qué hay más dulce que tener alguien con quien uno se atreva a hablar de todo como si fuera consigo mismo?

¿Podría uno sentirse muy contento con la prosperidad de los negocios sin tener alguien que se alegre con ellos a la par que uno mismo?

Sería muy difícil el sobrellevar las adversidades sin tener alguien que las sienta incluso más que el que pasa por ellas<sup>10</sup>.

<sup>6</sup> Cicerón, *La amistad*, V, 18, 99. Más adelante explicita que personas buenas son las que “se comportan y viven dando pruebas de su sinceridad, de su honradez, de su sentido de justicia, de su generosidad, y de que no hay en ellos codicia alguna ni pasiones viles ni arrogancia y de que son consecuentes con sus principios” (Cicerón, *La amistad*, V, 19, 101).

<sup>7</sup> Cicerón, *La amistad*, V, 20, 103.

<sup>8</sup> Cicerón, *La amistad*, VI, 20, 103-105. Ya que la traducción que diferentes autores dieron difiere en algo, la pongo aquí también en el latín original: “Este nim amicitia ni- hil aliud nisi omnium divinarum humanarumque rerum cum benevolentia et caritate consensio”.

<sup>9</sup> Cicerón, *La amistad*, VI, 20, 105.

<sup>10</sup> Cicerón, *La amistad*, VI, 22, 107.

Importante es mencionar que Lelio hace una clara distinción entre la amistad ordinaria y la amistad verdadera: “Y aquí no hablo yo de la amistad vulgar y mediocre, que sin embargo deleita y aprovecha, sino de la verdadera y perfecta, cual fue la de aquellos pocos que por la amistad se hicieron célebres”<sup>11</sup>.

Terminando esta primera exposición, a Lelio le parece haber dicho suficiente sobre el tema, y sugiere que sus yernos, en caso de que quieren saber más, busquen a los profesionales de la materia. Efectivamente Fanio y Escévola quieren obtener más información sobre el tema de la amistad, pero prefieren que su suegro, y no algún otro, continúe exponiendo sobre la misma. Lelio se resigna y continúa su exposición. Aborda ahora primero la cuestión del origen de la amistad. Para él, “la causa más profunda, más noble y acorde con la naturaleza<sup>12</sup> es el amor, del que la amistad recibe su nombre. Es el amor lo que principalmente crea simpatías” y lleva a la amistad verdadera, en la cual “nada es fingido, nada es simulado, todo es auténtico y sincero”<sup>13</sup>. “El amor, es cierto, se robustece con los favores recibidos, con las muestras de afecto, con la familiaridad del trato, pero cuando todo esto se suma a aquel primer movimiento del corazón y a aquella chispa de amor, entonces se enciende la grandeza del cariño”<sup>14</sup>.

Aquí Lelio hace nuevamente una pausa, indicando que le parece haber explicado suficientemente el origen de la amistad.

<sup>11</sup> Cicerón, *La amistad*, VI, 22, 109.

<sup>12</sup> En esta parte Lelio insiste dos veces en que el amor y la amistad nacen de la misma naturaleza: “Para nosotros el sentimiento del amor y los afectos nacen de la propia naturaleza”, y “los verdaderos amigos recibirán de la amistad los mayores beneficios y quedará más sólida e irrefutablemente demostrando que el origen de la amistad está en la naturaleza y no en la necesidad” (Cicerón, *La amistad*, VIII, 32, 127).

<sup>13</sup> Cicerón, *La amistad*, VIII, 26, 119.

<sup>14</sup> Cicerón, *La amistad*, IX, 29, 123.

Pero sus yernos no se declaran satisfechos y le ruegan continuar su exposición. Y Lelio acepta: “Pues bien, escuchen, queridos amigos, el análisis de la amistad que con frecuencia hacíamos Escipión y yo. Él decía que nada es más difícil que conservar una amistad hasta el final de la vida”<sup>15</sup>. Las causas son varias:

Se debe, en primer lugar, a que con frecuencia se producen choques de intereses que separan a los amigos; luego, a la divergencia de ideas en torno a la política; también a que muchas veces cambia la manera de ser de las personas, tanto por las adversidades de la vida, como simplemente por la edad<sup>16</sup>.

Por último, si algunos llegan más lejos en la amistad, con frecuencia la pierden por la ambición de ocupar altos cargos oficiales, y la codicia de dinero<sup>17</sup>.

Lelio presenta algunas leyes que para la amistad corresponde sancionar.

La primera ley es que entre amigos nada vergonzoso debe ni pedirse ni concederse<sup>18</sup>.

La segunda ley es que el sostén de la estabilidad y constancia que buscamos en la amistad es la lealtad, porque no puede haber constancia donde no hay fidelidad<sup>19</sup>.

La tercera regla es la amabilidad en la conversación y en la manera de ser, lo que da a la amistad un gran encanto<sup>20</sup>.

<sup>15</sup> Cicerón, *La amistad*, X, 33, 129.

<sup>16</sup> Cf. Cicerón, *La amistad*, X, 33, 129.

<sup>17</sup> Cf. Cicerón, *La amistad*, X, 34, 131.

<sup>18</sup> Cf. Cicerón, *La amistad*, XII, 40, 141.

<sup>19</sup> Cf. Cicerón, *La amistad*, XVIII, 65, 179.

<sup>20</sup> Cf. Cicerón, *La amistad*, XVIII, 66, 2008181.

Y a esto añade todavía que “debe ser una norma el tener gran cuidado en escoger las amistades, para no hacerse amigo de quien un día pudiera convertirse en enemigo”<sup>21</sup>. Más bien, “es conveniente elegir una persona sincera, simpática, que nos sea afín, esto es, que sus preferencias sean las mismas que las nuestras”<sup>22</sup>. Muy importante es “conservar las amistades antiguas, porque las más antiguas, como ocurre con el vino añejo, son las más entrañables. ¡Cuánta verdad encierra aquel dicho de que ha sido necesario haber pasado mucho tiempo juntos para llegar a ser amigos de verdad!”<sup>23</sup>. Y, “Las amistades solo deben ser consideradas verdaderas cuando los caracteres hayan madurado y se hayan confirmado por la edad, no antes”<sup>24</sup>.

Al final de la extensa exposición Lelio coloca sus pensamientos acerca de la amistad en el contexto de la sociedad, que yo quiero interpretar aquí hablando de la comunidad de nuestra universidad. Esta “ha de ser considerada una excelente y felicísima compañía para alcanzar el bien supremo de la vida. Esta sociedad [comunidad], les aseguro, encierra todo lo que los hombres piensan que debe desearse: la honestidad, la gloria, la tranquilidad del ánimo, la alegría”<sup>25</sup>.

Termina Lelio su exposición, dirigiéndose a sus yernos con las palabras: “Les exhorto a ustedes a que aprecien en mucho la virtud, sin la cual no puede haber amistad, de modo que piensen que, exceptuada aquella, nada hay más excelente que la amistad”<sup>26</sup>.

<sup>21</sup> Cicerón, *La amistad*, XVI, 60, 2008, 171.

<sup>22</sup> Cicerón, *La amistad*, XVIII, 65, 179.

<sup>23</sup> Cicerón, *La amistad*, XIX, 67, 183.

<sup>24</sup> Cicerón, *La amistad*, XX, 74, 191.

<sup>25</sup> Cicerón, *La amistad*, XXII, 83-84, 203.

<sup>26</sup> Cicerón, *La amistad*, XXVII, 104, 235.

## 2. Aurelio Agustín

Agustín tenía un gran conocimiento de las obras de Cicerón y llegó a obtener un ejemplar de su obra *Lelio o de la amistad*. En una carta a un amigo de su juventud, un tal Marcelino, quien le había comunicado que se había convertido al cristianismo, Agustín cita la definición de amistad de Cicerón<sup>27</sup>. Empieza diciendo: “Ya sabes cómo definió la amistad «Tulio, el máximo representante de la elocuencia romana», como dijo alguien”<sup>28</sup>. Dijo con toda verdad: “La amistad es el acuerdo en las cosas divinas y humanas con benevolencia y caridad”<sup>29</sup>. Cicerón no elaboró en su pequeña obra el acuerdo en las cosas divinas, y esto hizo precisamente Agustín, llevando su experiencia y su concepto de amistad a un nivel superior, es decir, al nivel de la fe, para llegar a un concepto más amplio y más profundo, que llamaría “verdadera amistad”: “Tú, amadísimo mío, en otro tiempo estabas de acuerdo conmigo en las cosas humanas, cuando yo deseaba gozarlas al estilo vulgar. Había acuerdo tan sólo en las cosas humanas, aunque con benevolencia y caridad, pero no en las divinas”<sup>30</sup>.

Pero, habiéndose hecho cristiano y recibido el bautismo, Marcelino llegó a estar también de acuerdo con Agustín en las cosas divinas: “Ahora se ha agregado el acuerdo en las cosas divinas. Conmigo llevabas la vida temporal con agradabilísima benignidad, pero ahora has comenzado a vivir conmigo en la esperanza de la vida eterna”<sup>31</sup>.

<sup>27</sup> En la edición de las cartas de Agustín de la BAC se da como fecha de esta carta: Entre el 386 y el 391/395: Agustín, *Obras completas Xlb, Cartas (3.º), Carta 258*, (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1991), 498.

<sup>28</sup> M. Anneo Lucano, *Farsalia*, 7, 62-63, (Madrid: Editorial Gredos, 1984), 292-293.

<sup>29</sup> Cicerón, *Lelio*, VI, 20, 102-105.

<sup>30</sup> Agustín, *Obras completas Xlb, Cartas (3.º), Carta 258*, 498-499.

<sup>31</sup> Agustín, *Obras completas Xlb, Cartas (3.º), Carta 258*, 499.

De hecho, ya antes Agustín había hecho una alusión a esta definición de Cicerón, a saber, en su obra *Contra los Académicos*, hablando de su amigo íntimo Alipio. Este fue alumno de Agustín en Tagaste y en Cartago, siendo todavía un jovencito:

Alipio era, como yo, del municipio de Tagaste, y nacido de una de las primeras familias municipales del mismo y más joven que yo, pues había sido discípulo mío cuando empecé a enseñar en nuestra ciudad y después en Cartago. Él me quería mucho por parecerle bueno y docto, así como yo a él por la excelente índole de virtud, que tanto mostraba en su no mucha edad<sup>32</sup>.

A sus dieciséis años Alipio fue mandado por sus padres a Roma para estudiar derecho. Allí lo encontró nuevamente Agustín, cuando llegó a esta ciudad en el año 383: “A Alipio yo lo hallé en Roma, y se me unió con vínculo tan estrecho de amistad, que fue conmigo a Milán”<sup>33</sup>.

Ya que la amistad de Agustín y Alipio llegó a ser una de las amistades más profundas, duraderas y hermosas dentro de la historia del cristianismo, presentaré aquí los datos más importantes acerca de su desarrollo y realización. En Milán entró en la amistad de Agustín y Alipio también Nebridio, otro africano, que en Cartago había sido igualmente discípulo de Agustín. Estos tres no solamente disfrutaban allí de su cercanía como hombres que compartían las cosas agradables de la vida humana, sino que entraron también juntos en una búsqueda de algo que podía dar mayor sentido a su existencia. Eran conscientes de que las cosas mundanas, por más que las atrajesen, a lo largo no podrían satisfacerles suficientemente para hacerles felices y para realizarse

<sup>32</sup> Agustín, *Confesiones*, VI, 7, 12, (Madrid: Bibliotecas de Autores Cristianos, 2013), 190.

<sup>33</sup> Agustín, *Confesiones*, VI, 10, 16, 197.

plenamente como personas: “Lamentábamos estas cosas los que vivíamos juntos amigablemente, pero de modo especial y familiarísimo yo trataba de ellas con Alipio y Nebridio”<sup>34</sup>. “Eran tres bocas hambrientas que mutuamente se comunicaban el hambre y esperaban de ti que les dieras comida en el tiempo oportuno (Sal 144, 15)”<sup>35</sup>. Y más adelante Agustín añade todavía a este testimonio: “Y discutía con mis amigos Alipio y Nebridio sobre el sumo bien y el sumo mal”<sup>36</sup>.

Leyendo atentamente las partes de las Confesiones en que Agustín describe el proceso por el que pasó en Milán, proceso que podemos llamar también su crisis existencial, fácilmente puede llevarnos a afirmar que fue precisamente Alipio quien con mayor intensidad participó en él, incluso hasta tal punto que se puede pensar que Agustín no hubiera llegado a su conversión si Alipio no hubiera estado siempre e incondicionalmente a su lado. Esto se ve de manera muy clara en la última parte del proceso. Es cierto que Agustín no se sentía capaz de transmitir a sus amigos lo que pasaba en lo más íntimo de su ser: “Tú sabes lo que yo padecía, no ninguno de los hombres. Porque ¿cuánto era lo que mi lengua comunicaba a los oídos de mis más íntimos familiares? ¿Acaso percibían ellos el tumulto de mi alma, para declarar el cual no bastaban ni el tiempo ni la palabra?”<sup>37</sup>. Sin embargo, allí estaba Alipio, sereno, imperturbable, aun cuando su amigo le gritaba, como pasó después de que habían escuchado el testimonio de su paisano Ponticiano sobre el abad Antonio de Egipto, los monjes de un monasterio en las afueras de Milán y unos soldados que se habían convertido en Tréveris.

<sup>34</sup> Agustín, *Confesiones*, VI, 7, 11, 189.

<sup>35</sup> Agustín, *Confesiones*, VI, 10, 17, 199.

<sup>36</sup> Agustín, *Confesiones*, 6, 16, 26, 209.

<sup>37</sup> Agustín, *Confesiones*, VII, 7, 11, 233.

Entonces estando en aquella gran contienda de mi casa interior, que yo mismo había excitado fuertemente en mi alma, en lo más secreto de ella, en mi corazón, turbado así en el espíritu como en el rostro, dirigiéndome a Alipio exclamé:

“¿Qué es lo que nos pasa? ¿Qué es esto que has oído? Se levantan los indoctos y arrebatan el cielo, y nosotros, con todo nuestro saber, falto de corazón, ved que nos revolcamos en la carne y en la sangre. ¿Acaso nos da vergüenza seguirles por habernos precedido y no nos la da siquiera el no seguirles?” Dije no sé qué otras cosas y me arrebató de su lado mi congoja, mirándome él atónito en silencio. Porque no hablaba yo como de ordinario, y mucho más que las palabras que profería declaraban el estado de mi alma la frente, las mejillas, los ojos, el color y el tono de la voz. Me retiré, pues, al huerto, y Alipio siguió mis pasos<sup>38</sup>.

Y es precisamente aquí que Agustín pone en su obra una pregunta que manifiesta cómo estaba absolutamente seguro del acompañamiento y del apoyo tan fiel de su amigo Alipio: “¿Y cuando estaba yo así afectado, me hubiera él abandonado?”<sup>39</sup>.

Sentado en el huerto, Agustín oye una voz que dice “Toma y lee”.

Así que, apresurado, volví al lugar donde estaba sentado Alipio y yo había dejado el códice del Apóstol al levantarme de allí. Lo tomé, lo abrí y leí en silencio el primer capítulo que se me vino a los ojos, que decía: “No en comilonas y embriagueces, no en lechos y liviandades, no en contiendas y emulaciones, sino revístanse de nuestro Señor Jesucristo y no cuiden de la carne con demasiados deseos” (Rom 13,13). No quise leer más, ni era necesario tampoco, pues al punto

<sup>38</sup> Agustín, *Confesiones*, VIII, 8, 19, 282-283.

<sup>39</sup> Agustín, *Confesiones*, VIII, 8, 19, 283.

que di fin a la sentencia, como si se hubiera infiltrado en mi corazón una luz de seguridad, se disiparon todas las tinieblas de mis dudas<sup>40</sup>.

Y así se concluyó el proceso de conversión de Agustín. Pero no el de Alipio.

Entonces, registrando el códice con el dedo o con no sé qué otra señal, lo cerré, y con rostro ya tranquilo conté a Alipio lo sucedido, quien a su vez me indicó lo que estaba pasando por él, y que yo ignoraba. Pidió ver lo que había leído; se lo mostré, y puso atención en lo que seguía a aquello que yo había leído y yo no conocía. Seguía así: *Reciban al débil en la fe* (Rom 14,1), lo cual se aplicó él a sí mismo y me lo comunicó<sup>41</sup>.

Agustín asumió la tarea de ayudar a Alipio en su búsqueda de conseguir una mayor convicción y seguridad en cuanto a la fe en Jesucristo. Fueron a la finca de un amigo, llamada Casiciaco, junto con Mónica, la madre de Agustín, un hermano suyo y dos sobrinos, y dos discípulos de Agustín. Él organizó allá varios diálogos, el primero de ellos llamado *Contra los Académicos*. El tercer libro de esta obra que Agustín redactó a base de los apuntes que se tomaron es un diálogo de Agustín y Alipio, y puede ser considerado como el intento de Agustín para fortalecer la fe de Alipio. Lo logró, porque dice en las *Confesiones*, hablando de la estadía en la finca: “Sometiste al mismo Alipio –el hermano de mi corazón– al nombre de tu Unigénito, Jesucristo, Señor y Salvador nuestro”<sup>42</sup>. Y en el mismo texto de *Contra los Académicos* dice Agustín, haciendo referencia a la definición de amistad de Cicerón: “Mi amigo familiarísimo no sólo está conforme conmigo en lo que atañe a la probabilidad de

<sup>40</sup> Agustín, *Confesiones*, VIII, 12, 29, 295.

<sup>41</sup> Agustín, *Confesiones*, VIII, 12, 30, 295.

<sup>42</sup> Agustín, *Confesiones*, IX, 4, 7, 307.

la vida humana, más también en lo relativo a la religión, lo cual es indicio clarísimo de la verdadera amistad, porque esta fue definida muy bien y santamente como un acuerdo benévolo y caritativo sobre las cosas divinas y humanas”<sup>43</sup>. Se concluyó así también para Alipio su proceso de conversión: “Plugo también a Alipio renacer en ti conmigo, revestido ya de la humildad conveniente a tus sacramentos”<sup>44</sup>.

El crecimiento y la profundización en su relación de amistad llevaron a Agustín y Alipio a una intimidad que raras veces se puede encontrar entre humanos. Agustín lo formuló en una carta a Jerónimo, el monje de Belén, a quien Alipio había visitado en un viaje al Medio Oriente:

Aunque deseo con ardor conocerte, echo de menos poca cosa de ti, a saber, la presencia corporal. Y aun confieso que esa misma presencia me ha quedado impresa en parte con el relato de Alipio, el cual es ahora beatísimo obispo, y era ya digno del episcopado cuando te visitó y yo le recibí a su vuelta. Cuando él te veía ahí, yo mismo te veía también por sus ojos. Quien nos conozca a ambos, diría que somos dos, más que por el alma, por sólo el cuerpo; tales son nuestra concordia e intimidad leal, aunque él me supera en méritos<sup>45</sup>.

Alipio, de su parte, expresa el mismo sentimiento en un post scriptum que pone a una carta que Agustín escribió a un tal Sebastián: “Yo, Alipio, saludo cordialmente a tu Sinceridad y a todos los que están unidos a ti en el Señor. Y te pido que tengas también por

<sup>43</sup> Agustín, *Contra los Académicos*, III, 6, 13, en *Obras completas III* (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2009), 150.

<sup>44</sup> Agustín, *Confesiones*, IX 6, 14, 314.

<sup>45</sup> Agustín, *Cartas* (1º) 1-123 (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1986), carta 28,1, 148-149.

mía esta carta. Aunque hubiera podido enviarte otra aparte, he preferido firmar ésta, para que una misma página te certifique de la unidad de nuestras almas”<sup>46</sup>.

### 3. Elredo de Rieval

En el prólogo de su obra *De spirituali amicitia* Elredo dice: “Llegó a mis manos el libro que Tulio escribió sobre la amistad e inmediatamente lo juzgué útil por la seriedad de sus sentencias y dulce por la suavidad de su elocuencia”<sup>47</sup>. Y al comienzo del libro primero, o sea del diálogo de Elredo y el joven monje Ivo, dice este: “No desconozco del todo ese libro que en otro tiempo me gustaba tanto”<sup>48</sup>. Sin embargo, ambos confiesan que desde que empezaron a leer las Sagradas Escrituras, tomaron distancia de Cicerón porque no era cristiano. Dice Elredo: “Recordé lo que había leído sobre la amistad en aquel librito del que antes hablé y me admiré de que no tuviera ya para mí el mismo sabor de entonces”<sup>49</sup>. E Ivo confiesa: “Desde que probé la dulzura de la miel de las Sagradas Escrituras y el dulcísimo nombre de Cristo, vindicó para sí mi afecto [...] Consta que Tulio ignoraba la virtud de la verdadera amistad, pues desconocía del todo a Cristo, que es su principio y fin”<sup>50</sup>. Y ambos confiesan que la verdadera amistad tiene su origen en Cristo.

Ivo: “La amistad que necesariamente debe existir entre nosotros, comienza en Cristo, se conserva en él y a él se dirige, ya que es

<sup>46</sup> Agustín, *Cartas* (3º) 188-270 (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1991), carta 248, 481.

<sup>47</sup> Elredo, *Amistad espiritual*, Prólogo (*De amicitia*, [thelatinlibrary.com/aelredus.html](http://thelatinlibrary.com/aelredus.html)), 2.

<sup>48</sup> Elredo, *Amistad espiritual*, Libro primero, 7.

<sup>49</sup> Elredo, *Amistad espiritual*, Prólogo 4. Sin embargo, Elredo cita en su obra setenta y cuatro veces el libro de Cicerón.

<sup>50</sup> Elredo, *Amistad espiritual*, Libro primero, 7-8.

su meta y culminación”<sup>51</sup>. Elredo: “En efecto, ¿qué se puede decir acerca de la excelencia, la verdad y el provecho de la amistad, sino lo que dijiste: que nace en Cristo, en Cristo crece y por él se plenifica”<sup>52</sup>.

El propio diálogo de Elredo e Ivo sobre la amistad empieza con la cita de la definición que Cicerón dio de ella. Elredo preguntó a Ivo:

¿No te satisface lo que dice Tulio: “Amistad es tener un mismo sentir, con benevolencia y caridad, acerca de las cosas humanas y divinas”?

Ivo: Si a ti te basta, también a mí. Elredo. Entonces, ¿afirmaremos que han llegado a la amistad perfecta los que tienen un mismo pensar sobre las cosas divinas y humanas, y una misma voluntad con benevolencia y caridad? Ivo: ¿Por qué no? Aunque no veo qué entendía aquel pagano por caridad y benevolencia cuando se refirió a ellas. Elredo: Tal vez, por caridad entendía el afecto del alma, y por benevolencia las obras que expresan ese afecto.

Ivo: Te confieso que me gusta mucho esa definición. Sin embargo, yo estoy persuadido de que no puede darse verdadera amistad entre los que no viven en Cristo.

Elredo no comparte el pesimismo de Cicerón en cuanto al número de personas que llegaron a tener una relación profunda y duradera de verdadera amistad: No te digo que entre los creyentes te pueda citar tres o cuatro, sino miles de amigos, *prontos a morir los unos por los otros* al modo de Pilades y Orestes, cuyo mutuo amor celebran los paganos como un milagro<sup>53</sup>.

<sup>51</sup> Elredo, *Amistad espiritual*, Libro primero, 8.

<sup>52</sup> Elredo, *Amistad espiritual*, Libro primero, 9.

<sup>53</sup> Elredo, *Amistad espiritual*, Libro primero, 28. Para Pilades y Orestes, dos figuras mitológicas griegas, véase la tragedia *Ifigenia en Táuride* de Eurípides.

En este primer diálogo, hace Elredo una distinción entre tres especies de amistad, a saber: amistad carnal, amistad mundana y amistad espiritual.

El origen de la amistad carnal procede de la afición que va en pos de sus oídos y ojos fornicantes, a modo de una meretriz que dirige sus pasos a todo el que pasa. Con movimientos, señas, palabras y regalos, se apodera una persona de otra, mutuamente se encienden y juntas arden. Tal amistad no se asume reflexivamente, no se escruta con el discernimiento, ni se rige por la razón<sup>54</sup>.

La amistad mundana parte del amor de concupiscencia por las cosas y bienes temporales; está siempre llena de fraude y astucia. En ella no hay nada cierto, constante ni firme, como que cambia según la fortuna<sup>55</sup>.

La amistad que con toda verdad merece el nombre de espiritual, no comienza en la búsqueda de utilidad temporal ni en ninguna otra cosa exterior. El corazón del hombre la desea por la dignidad intrínseca de su naturaleza y su fruto no es otro que ella misma<sup>56</sup>.

Ivo se declara satisfecho con esta distinción entre especies de amistad, pero manifiesta que quiere saber más acerca del origen de la amistad entre los hombres: “Surgió de la naturaleza, del acaso o de alguna necesidad? ¿O por algún precepto o ley impuesta al género humano? Vino la costumbre y luego fue ella quien la hizo recomendable?”<sup>57</sup>. Elredo en una primera instancia da una respuesta breve a estas preguntas: “Según me parece, primero fue la misma naturaleza quien puso este amor en el hombre, después lo dilató la costumbre y, finalmente, lo reguló la

<sup>54</sup> Cf. Elredo, *Amistad espiritual*, Libro primero, 39-41.

<sup>55</sup> Elredo, *Amistad espiritual*, Libro primero, 42.

<sup>56</sup> Cf. Elredo, *Amistad espiritua...*, Libro primero, 45.

<sup>57</sup> Elredo, *Amistad espiritual*, Libro primero, 50.

autoridad de la ley”<sup>58</sup>. Luego da una exposición sobre la creación de Dios y sobre la caída del hombre por el pecado, para repetir que la amistad se originó en la naturaleza, pero que en su forma verdadera no se deja encontrar en todos los hombres: “Así la amistad, que en un principio, junto con la caridad, existía entre todos y todos custodiaban, permaneció como ley natural entre los pocos buenos”<sup>59</sup>.

Termina este primer diálogo de la obra de Elredo con una curiosa pregunta del monje Ivo: “¿Y qué diré de la amistad? ¿Tal vez lo que Juan, el discípulo de Jesús, dijera acerca de la caridad, que Dios es amistad?”. Reacciona Elredo diciendo: “Es una expresión inusitada. No se apoya en la autoridad de la Sagrada Escritura. Sin embargo, no vacilo en decir de la amistad lo que se aseveró de la caridad: «Quien permanece en la amistad, en Dios permanece y Dios en él»”<sup>60</sup>.

El segundo diálogo de *De spiritali amicitia* comienza con una conversación de Elredo y el joven monje Walter Daniel. Este indica que leyó el diálogo que hace muchos años tuvieron Elredo e Ivo y que fue impresionado por su contenido, y que pudo enterarse muy bien acerca de qué es amistad. Pero ahora quiere que Elredo haga una exposición sobre las ventajas que tiene la amistad para los que la practican. El abad le dice que no pretende poder dar una exposición que hace justicia a la dignidad de este tema, “porque entre las cosas humanas, nada más santo se puede desear, nada más provechoso se puede buscar, nada se encuentra más difícilmente, de nada se tiene tan dulce experiencia y nada más provechoso se

<sup>58</sup> Elredo, *Amistad espiritual*, Libro primero, 51.

<sup>59</sup> Elredo, *Amistad espiritual*, Libro primero, 59.

<sup>60</sup> Elredo, *Amistad espiritual*, Libro primero, 69-70. Ivo traduce la palabra “amor” del 1 Jn 4,16 por “amistad”.

puede tener que la amistad”<sup>61</sup>. Sin embargo, da a continuación un amplio elogio de la amistad. Walter confiesa que este elogio le ha conmovido grandemente, pero pide que Elredo “explique exhaustivamente cómo la amistad puede ser el mayor escalón para alcanzar la perfección”<sup>62</sup>. Mientras tanto apareció también el monje Graciano, quien pide al abad “poner algo sobre la mesa para que pueda reconfortarme un poco, ya que no me puedo saciar como éste [Walter] que, después de devorar no sé cuántos manjares, sólo ahora, hastiado, me invita a las sobras”<sup>63</sup>. Elredo reaccionó diciendo: “No receles, hijo. Quedan tantas cosas por decir sobre el bien de la amistad que, si algún sabio las expusiera, juzgarías que nada hemos dicho”<sup>64</sup>.

Se inicia el diálogo entre los tres, y Walter, como primero, solicita al abad indicarles cuáles son los límites de la amistad, porque sobre este punto hay diversas opiniones. Elredo dice al respecto que “el mismo Cristo fijó una clara meta cuando dijo: «Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos» (Jn 15,13)”<sup>65</sup>.

Graciano presenta ahora un tema que ya hemos encontrado en Cicerón, pidiendo a Elredo “decir entre quiénes puede nacer y conservarse la amistad”<sup>66</sup>. Y Elredo dice: “En pocas palabras: la amistad puede nacer entre los buenos, progresar entre los mejores y consumarse entre los perfectos”<sup>67</sup>. Y más adelante define lo que

<sup>61</sup> Elredo, *Amistad espiritual*, Libro segundo, 9.

<sup>62</sup> Elredo, *Amistad espiritual*, Libro segundo, 15.

<sup>63</sup> Elredo, *Amistad espiritual*, Libro segundo, 17.

<sup>64</sup> Elredo, *Amistad espiritual*, Libro segundo, 18.

<sup>65</sup> Elredo, *Amistad espiritual*, Libro segundo, 33.

<sup>66</sup> Elredo, *Amistad espiritual*, Libro segundo, 37.

<sup>67</sup> Elredo, *Amistad espiritual*, Libro segundo, 38.

según él es una persona buena: “Llamo buenos a los hombres que, en la medida que es posible a nuestra debilidad humana, viviendo sabia, justa y piadosamente en este siglo, se resisten a pedir o dar nada ilícito”<sup>68</sup>. Dentro de este contexto Elredo indica cuáles amistades deben ser evitadas.

Hay una amistad pueril que origina un afecto inconstante y alocado, orientado a todo el que pasa, superficial, sin discernimiento ni mesura, sin atender a lo que es o no conveniente. Esta amistad causa una afición pasajera y vehemente, que estrecha con más fuerza y atrae más tiernamente. Lo llamo pueril, porque en esta amistad, como en los niños, prevalece el sentimiento, es infiel, inestable y siempre mezclada con amores no purificados.

Hay también otra amistad que concilia las peores costumbres, de la cual me abstengo de hablar, porque ni siquiera es digna del nombre de amistad.

Muchos estiman que debe ser deseada, cultivada y conservada, por la utilidad que reporta, cierta amistad que se enciende con la consideración del lucro<sup>69</sup>.

La verdadera amistad es la amistad espiritual. “Ella debe comenzar por la pureza de intención, el magisterio de la razón y el freno de la templanza. Así sobrevendrá un suavísimo afecto tan inefablemente penetrado de dulzura que no pueda dejar de ser ordenado”<sup>70</sup>. El hermano Walter se declaró conforme con esta explicación y dijo: “Pero me gustaría saber si debemos admitir al dulce secreto de la amistad a cuantos amamos así”<sup>71</sup>. Elredo expone

<sup>68</sup> Elredo, *Amistad espiritual*, Libro segundo, 43.

<sup>69</sup> Elredo, *Amistad espiritual*, Libro segundo, 57-58 y 60.

<sup>70</sup> Elredo, *Amistad espiritual*, Libro segundo, 59.

<sup>71</sup> Elredo, *Amistad espiritual*, Libro tercero, 4.

ahora que para llegar con otra persona a una amistad perfecta, hay que subir por cuatro escalones: “El primera es la elección, el segundo la prueba, el tercero la admisión y el cuarto el máximo *consenso en las cosas divinas y humanas con caridad y benevolencia*”<sup>72</sup>. Sigue ahora una larga exposición sobre estos cuatro escalones, y en medio de ella todavía la indicación de seis causas que pueden lastimar y hasta matar la amistad.

### **Conclusión del diálogo**

Elija a tus amigos según el dictamen de la razón, por la similitud de las costumbres y la comprobación de las virtudes. Después, de tal modo se dará a su amigo, que la liviandad estará siempre ausente y el gozo presente, y no abandone los servicios y las atenciones que prescriben la benevolencia y la caridad.

Tras esto se comprobará su fe, su honestidad y su paciencia. Paulatinamente se llegará a la comunión en los proyectos, a la asiduidad en poner su empeño en las mismas cosas y hasta cierta igualdad en el semblante. Tal debe ser la conformidad entre los amigos, que en el mismo instante que se vea el semblante de uno se refleje en el del otro<sup>73</sup>.

### **Bibliografía**

Aelredus Rievallensis, *De amicitia*, [thelatinlibrary.com/aelredus.html](http://thelatinlibrary.com/aelredus.html).

Agustín, *Cartas* (1º) 1-123 (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1986).

<sup>72</sup> Elredo, *Amistad espiritual*, Libro tercero, 8.

<sup>73</sup> Elredo, *Amistad espiritual*, Libro tercero, 130-131.

Agustín. *Cartas* (3º) 188-270 (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1991).

Agustín. *Confesiones*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2013.

Agustín. «Contra los Académicos». En *Obras completas III*, 71-190. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2009.

Cicerón, Marco Tulio. *La amistad [bilingüe]*. La Paz: Librería Editorial “G.U.M.”, 2008.

Elredo. *La amistad espiritual*. En: [autorescatolicos.org/misc02/alejandroferreiros01.pdf](http://autorescatolicos.org/misc02/alejandroferreiros01.pdf)